

La mesa de los argentinos y un conjunto de cosas ya sabidas

Sergio Britos

www.nutrinfo.com

Cátedra de Economía, Escuela de Nutrición, UBA

Pocas veces fue tan anunciado un aumento de precios de alimentos como el que está sucediendo en estos días.

En la Argentina que no registra el INDEC, habitan no menos de un 30% de pobres y unos 5 millones de indigentes.

Es sabido que para esa franja de población, comprar alimentos representa nunca menos de la mitad y en ocasiones hasta dos tercios de sus ingresos.

También se sabe, tal como lo hemos presentado en el último Congreso Argentino de Nutrición (2009), que es necesario “cambiar la mesa de los argentinos”, en especial la de los pobres¹.

La dieta promedio de cualquier hogar, tanto más cuanto los ingresos son magros, es muy monótona.

Pan y otros derivados del trigo, carne en especial vacuna, aceite, esencialmente de girasol, papa y azúcar son apenas cinco categorías de productos que representan entre el 50% y 60% de las calorías ingeridas por un argentino pobre promedio.

Es conocido que la monotonía alimentaria es la puerta de entrada de los problemas nutricionales que bien fueron diagnosticados por la Encuesta Nacional de Nutrición en 2005: tendencia a la obesidad, deficiencias de algunos nutrientes esenciales (calcio, vitamina C, vitamina A, ácidos grasos esenciales y hierro en algunos casos) y desnutrición de tipo crónica, no aguda.

Lo que también se sabe, universalmente, es que la madre de una oferta variada y suficiente de alimentos, no es otra que políticas que alienten inversiones productivas en agroalimentos. Las leyes de la economía bien postulan que cuando la oferta abunda, los precios tienden a un sano equilibrio.

Por cierto no es el caso de la Argentina de los últimos cuatro años. Hay que poner mucho empeño y dedicación para que en el país del trigo y las vacas se produzca la oferta más baja por décadas de trigo y se sacrifiquen hembras porque no hay horizontes seguros para el negocio de la carne.

Era sabido; todos quienes tenemos alguna responsabilidad en la enseñanza de la economía alimentaria advertíamos a nuestros alumnos, futuros nutricionistas, que el abastecimiento de leche, carne vacuna, trigo y verduras estaba comprometido si persistía un exceso de intervención en los mercados respectivos.

Y las leyes de la economía también postulan que cuando la oferta no abunda, los precios pierden su sano equilibrio. Lo que está sucediendo en estos primeros meses de 2010.

El tema de la carne vacuna es de película. Los nutricionistas decimos que es bueno que la gente coma algo menos que nuestros consumos record (70 kilos anuales por habitante, ahora un poco menos). Los frigoríficos exportadores desearían que comamos menos carne vacuna para que sus saldos exportables aumenten (el mundo, que come menos carne vacuna que nosotros, pide carne a gritos).

¹ Britos S., Saraví A.; “Hay que cambiar la mesa de los argentinos”, presentado en el XVII Congreso Argentino de Nutrición (2009), Premio “Fundación Argentina de Nutrición”

Han ocurrido buenas prácticas en materia de mejoramiento genético de cerdos (aunque aún no al punto de convertirlo en Viagra). El cerdo de hoy ya no es un chanchito. Es nutricionalmente muy bueno y una excelente opción para reemplazar carne vacuna.

También ocurren buenas prácticas nutricionales en oleaginosas y en pastas, que elevarían la calidad de la dieta.

Pero eran necesarias (aún lo son) políticas que promuevan y acompañen un progresivo cambio en nuestros inelásticos hábitos alimentarios.

Hoy asistimos a un escenario en el que los altos precios de la carne vacuna se acompañan también de altos precios en la carne de cerdo. Por la sencilla razón de que tampoco hay suficiente cerdo si quisiéramos reemplazar vacas en nuestra mesa.

Del mismo modo que la oferta de trigo es mucho más ajustada que lo que la mesa de los argentinos estaba acostumbrada a conocer. Y algo similar sucede con la leche.

Estamos en problemas. Cuando es necesario adoptar una política alimentaria que cambie -para mejor- la mesa de los argentinos, nos encontramos en un escenario de inflación y más monotonía.

En el mismo trabajo que presentamos en 2009, elaboramos y determinamos el valor ya no de una canasta básica de alimentos, sino de una versión “saludable” de la misma.

Porque también es sabido que el valor de la canasta básica de alimentos (aún sin dibujos estadísticos) equivale al costo de una dieta monótona y obesogénica, para nada saludable.

El valor de la canasta básica saludable es en la actualidad no menor a \$ 1600 para un hogar típicamente pobre. Y en subida ...

En aquel trabajo, concluíamos con una síntesis de recomendaciones: ofrecer decididamente señales claras y de largo plazo al sector agroalimentario que favorezcan un aumento sostenido de la producción; establecer metas de cambio de hábitos alimentarios, hacia estándares más saludables (más variados) y utilizar sanamente herramientas ya disponibles (las numerosas tarjetas sociales para comprar alimentos) para subsidiar a los sectores más pobres el precio de alimentos seleccionados para variar la composición de la mesa de los argentinos.

Los nutricionistas deberían acompañar esta política con intervenciones eficaces de educación alimentaria, promoviendo una dieta más variada y orientando acerca de qué comprar y qué cocinar.

Todavía sigue siendo necesario pensar una Política Alimentaria de largo plazo, que conjugue como perfectamente puede hacerlo, las necesidades de la mesa y la dieta saludable de los argentinos con la competitividad agroexportadora de nuestro país.